

Domingo XX del tiempo ordinario

Es bastante difícil descubrir el tema central que recorre el leccionario bíblico de este domingo: “*los extranjeros... los conduciré hacia mi monte santo y los colmare de gozo*”, exclama el profeta Isaías. En el mismo libro profético, pocas páginas más adelante, leemos estas sorprendentes frases –considerando las normas rígidas y raciales que regulaban el acceso al sacerdocio hebreo-: “*también entre los extranjeros tomare sacerdotes y levitas, dice el Señor*” (Is. 66,21).

El milagro de Jesús con relación a la mujer cananea, es decir de nacionalidad indígena de palestina, ya que los cananeos vivían en esa región desde antes de la llegada de los hebreos; en ella Jesús encuentra una fe “verdaderamente grande”, casi única y ejemplar, que la coloca al interior del pueblo elegido aunque ella racialmente no pertenezca a este.

Es Pablo que de modo radical afirma en la carta de los Gálatas, que en el cristianismo ya no existen ni judío, ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer (3,28). Podría ser que el tema dominante hoy, es el de la universalidad de la salvación.

Sin embargo, en la homilía debe plantearse que el proceso de afirmación de esta verdad es presentado de manera lenta y progresiva; ya sabemos que muchas páginas de la biblia sostienen una hostilidad en contra del extranjero por parte del pueblo de Israel; esto indica que Dios va realizando una paciente educación que tendrá que conducir a Israel hacia la comprensión de que la elección no es un privilegio, sino una misión que debe ser realizada con relación a todos los pueblos de la tierra.

De hecho, la figura mesiánica del siervo del Señor que presenta el Profeta Isaías recibe un encargo explícito de Dios: “*es poco que tú seas mi siervo para restaurar las tribus de Jacobo y conducir a los supervivientes de Israel. Yo te hago luz de las naciones para que lleves mi salvación hasta los últimos confines de la tierra*” (Is. 49,6).

También el comportamiento de Jesús con relación a la mujer cananea, en un primer momento refleja los cánones de la tradición judía; de hecho, Jesús etiqueta a la mujer con un colorido lenguaje oriental equiparándola a un perro infiel. Jesús se comporta como un hombre encarnado en una cultura con un ambiente y una mentalidad bien definida. Por otra parte sabemos también, que la iglesia de los orígenes vivió con fuertes tensiones el problema de la admisión de paganos en la mesa espiritual del único pueblo de Dios, así como lo atestigua el libro de los Hechos de los Apóstoles en el capítulo 15.

Sin embargo, al final, en el gesto de Jesús y en la fe de la iglesia, emerge de manera nítida un **principio fundamental**: que la salvación no tiene confines raciales, ni espaciales, ni culturales, si no que pasa a través de la conciencia de todo hombre, de su libertad y de su fe. De esta manera caen todas las barreras y *“vendrán de occidente y oriente para sentarse a la mesa en el reino de Dios”* (Mt. 8,11), y la iglesia será *“una multitud inmensa de toda nación, raza, pueblo y lengua”* (Ap. 7,9).

Desde este punto de vista, la liturgia de este domingo se convierte en una nueva llamada que se dirige a la iglesia para que sea capaz de vencer divisiones y exclusiones, capaz de no encerrarse en sí misma en un horizonte quieto y sereno; es una llamada a la acción misionera, al diálogo, al empeño ecuménico; pero eso sí: no perder de vista la constancia y la fidelidad a la exigencia fundamental del reino de Dios y al mensaje evangélico.